

BUSCAR el número particular del primer ministro en la guía telefónica, dar con él, llamarle de madrugada y oír al otro lado del hilo la voz amable del propio ministro; solicitarle una entrevista urgente y recibir una respuesta afirmativa: queda concertada la entrevista para el día siguiente. Estas cosas sólo son posibles en Suecia y con Olof Palme, primer ministro rebosante de sencillez, eterno joven de ojos azules, falsamente ingenuos, y pelo corto y rebelde. Sería, no obstante, erróneo no ver en Olof Palme más que al fervoroso ministro que en 1968 se colocara a la cabeza de distintas manifestaciones por las calles de Estocolmo, o al nuevo y todavía algo inquieto delfín de la social-democracia sueca. Para ser aceptado por un pueblo sólido aunque algo lento de reacciones y por sindicalistas desconfiados por naturaleza, este hijo de grandes burgueses, casado con una aristócrata, estudiante izquierdista y brillante intelectual, ha tenido que adaptarse, sin duda, al grave y severo talante de sus compatriotas. A pesar de lo cual no ha logrado reprimir totalmente su carácter combativo, su impaciencia, su sincera indignación frente a la guerra, la violencia y todas las injusticias.

—Es raro que un jefe de Gobierno se permita condenar la política de un país extranjero en términos tan claros y brutales como los utilizados por usted al denunciar la agresión americana en Vietnam. ¿Qué motivos le han impulsado a actuar así?

OLOF PALME.—No fue un acto impulsivo, sino algo cuidadosamente meditado. Llevaba yo cuatro o cinco días muy preocupado por los bombardeos americanos sobre Vietnam. Aquella tarde llegué a casa muy afectado, después de haber leído las noticias. Mientras estaba en la cocina tomando un vaso de cerveza, no podía evitar el pensamiento de que era imposible no reaccionar ante aquello. Hay que decir algo... o por lo menos escribir algo. Cuando me afecta algún acontecimiento o cuando tengo alguna idea, suelo tomar papel y lápiz y anotar, aunque sea sólo para mí mismo, todo lo que me pasa por la imaginación. Eso es lo que hice aquella noche, inclinado sobre la mesa de la cocina. Después me acosté.

«Al día siguiente por la mañana volví a escuchar las informaciones procedentes de Vietnam: continuaban los bombardeos. Releí lo que había escrito la noche anterior y vi que seguía teniendo validez. Ahora bien, un comentario político que sigue teniendo validez a la mañana siguiente de ser redactado, está justificado. Entonces pensé: ¿Por qué los Jefes de Estado y los políticos están todos ellos condenados a utilizar un argot diplomático que aplasta a todos por su carácter abstruso y gris? ¿No deberían de vez en cuando, en caso de peligro o de urgencia, utilizar un lenguaje llano, como todo el mundo? Está claro que habrá reacciones desagradables. Se me acusará de haber exagerado. Sin razón, porque Guernica y Hanoi son para mí la misma cosa: unos símbolos. Actos de violencia ejercidos contra poblaciones civiles, sin sombra de



OLOF PALME

(SER NEUTRAL NO SIGNIFICA TENER QUE CALLARSE LA BOCA)

justificación, crímenes sin sentido. Decirlo tan a las claras provocará gritos de indignación en un primer momento, pero la gente acabará meditando. Comenzará a pensar en la enorme tragedia de Vietnam. Y tal vez el mundo se decida entonces a hacer algo para acabar con lo que allí está ocurriendo...

—¿Usted cree entonces que su reacción personal ha sido eficaz?

O. P.—Sí. Suecia (pues todos los suecos piensan como yo, estoy

convencido de ello) no se ha quedado sola. Otros países han seguido su ejemplo y otros Jefes de Estado han hecho saber a Nixon su repulsa, aunque por vías a veces más discretas y diplomáticas. Todos nosotros nos hacíamos portavoces de una opinión internacional indignada. Y eso no puede ignorarlo nadie, ni siquiera Nixon. Por otro lado, los bombardeos han disminuido y han continuado las negociaciones...

—¿Y si éstas fracasan, si prosiguen los bombardeos?

O. P.—Ese es nuestro temor. Inútil decir que en ese caso Suecia volverá a condenarlos públicamente y con tanta dureza y frecuencia como sea preciso. No por odio a los Estados Unidos: el otro día, por ejemplo, unos periodistas americanos me preguntaron por qué me mostraba más duro con su país que los propios comunistas. Yo les contesté que precisamente por eso, porque no soy comunista. Porque soy un demócrata y mi decepción corre parejas con la fe que tenía en los ideales democráticos antaño defendidos por los Estados Unidos. ¿Cómo pretender que los jóvenes de hoy crean en los valores democráticos cuando, en nombre de esos mismos valores, se bombardea y aplasta a poblaciones civiles? Aceptar eso, no denunciarlo claramente cuando se pertenece a un país que cree en la democracia es estar abocado al suicidio.

—Es verdad. Pero Suecia forma parte del mundo capitalista y está estrechamente ligada a los Estados Unidos, país al que dirige gran parte de sus exportaciones. ¿Hasta dónde puede llegar usted, habida cuenta de todo eso, en su condena de los Estados Unidos y su defensa de Hanoi?

O. P.—Podemos llegar muy lejos. Es verdad que exportamos mucho a los Estados Unidos, que nuestras exportaciones aumentan sin cesar: precisaré incluso que dieron un salto espectacular en mil novecientos sesenta y ocho, después de uno de mis más violentos discursos sobre Vietnam. Tal vez porque los capitalistas americanos se comportan como auténticos marxistas... Bueno, en serio, no creo ni en un boicot americano (para ser eficaz habría de ser total, lo cual es imposible) ni en represalias económicas, que no conseguirían más que reafirmarnos en nuestra actitud: si una gran potencia presiona sobre un pequeño país, lo único que conseguirá será reforzar la cohesión interna y capacidad de resistencia del mismo. Nixon debería saber estas cosas...

«Pero hay algo infinitamente más importante: en el contexto actual de equilibrio del terror entre los «supergrandes», es preciso que los países pequeños y medianos se expresen libremente cualesquiera que sean los riesgos que corren al actuar así. Si no lo hacen, no serán más que peones sobre un tablero, simples juguetes del poderío de los «grandes». Ya se trate de Checoslovaquia o de Vietnam, si uno no habla inmediatamente, corre el peligro de no poder hablar nunca más. Es esta una idea que pienso defender dondequiera que vaya, y antes de nada en la reunión de la Internacional Socialista de París.

—La volverán a acusar de faltar a la famosa «neutralidad sueca»...

O. P.—Ser neutral no significa tener que callarse la boca, sino que implica sencillamente la no adhesión a pactos militares. Esa es, como usted sabe, nuestra situación.

OLOF PALME

—En Europa se está creando un nuevo equilibrio de fuerzas con la Conferencia Europea de Seguridad y la prevista retirada de las tropas americanas de la República Federal. En estas circunstancias, es de temer una «finlandización» de la Europa Central y del Norte. ¿No cree usted que su idea de la «neutralidad sueca» necesita ser revisada?

O. P.—En primer lugar, rechazo esa palabra de moda que es la «finlandización»: los finlandeses son vecinos y amigos nuestros, y, en mi opinión, no están sometidos a presiones soviéticas. Por lo que respecta a Suecia, puedo decirle que mi país ha elegido: por un lado tenemos un Ejército clásico, pero muy poderoso y excelentemente equipado (nuestro presupuesto militar es proporcionalmente el cuarto del mundo por cabeza de habitante, detrás de Estados Unidos, la Unión Soviética e Israel). No es un Ejército para hacer la guerra, sino para disuadir a un agresor potencial. Además, disponemos de una amplia protección antiatómica civil que se extiende a la totalidad de la población.

—¿Una protección eficaz?

O. P.—En mi opinión, sí. Usted misma puede visitar nuestras instalaciones e interrogar a los expertos. Ni siquiera en este campo tenemos secretos.

—¿Les permite la existencia de tales instalaciones desinteresarse de los problemas de seguridad europea?

O. P.—No, pero me niego a hablar de ese tema: la retirada de las tropas americanas de Alemania es objeto de negociación entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, y nosotros no formamos parte de ninguno de los dos. Diré que en general somos favorables a toda distensión y reducción de fuerzas en Europa —siempre y cuando se trate de una reducción equilibrada—. Ya tuvimos ocasión de repetirlo en la Conferencia de Helsinki, una conferencia a lo Pirandello: comoquiera que el problema político alemán había quedado resuelto, allí estaban treinta y cuatro países empeñados en buscar un posible tema de discusión... Para nosotros, países del Norte de Europa, ligados a Occiden-

te y vecinos de la Unión Soviética, lo que cuenta es el mantenimiento en la región de un equilibrio delicado no sólo militar, sino económico y social. Por eso mostramos cautela frente a esas grandes máquinas que son los pactos o el Mercado Común.

—¿No tiene usted la sensación de que el equilibrio económico y social característico del famoso «modelo sueco» está en estos momentos un tanto alterado? Se han producido recientemente en su país varias huelgas salvajes. Ahora hay una crisis en la enseñanza, un aumento del paro... ¿Se trata del fin de un proceso o del inicio de una segunda fase?

O. P.—No hay tal «modelo sueco». En este país, la izquierda lleva cuarenta años en el poder, y en cuarenta años ha cambiado todo lo que se podía cambiar en la sociedad mediante un reformismo democrático. Hemos creado escuelas, hospitales, una Seguridad Social, carreteras, viviendas; hemos organizado la producción y nos hemos preocupado de todos aquellos que



Olof Palme, en París, donde asistió al Comando los

no se integraban —o que habían dejado de estar integrados— en los circuitos productivos. Todo eso, aunque importante, ya no basta: no es más que una materia prima que hay que trabajar continuamente. Hoy abordamos una segunda fase o, más exactamente, tratamos de dar a nuestra política de bienestar creciente una nueva dimensión. Después de haber reorganizado, en la década de los treinta, las estructuras sociales, pretendemos en esta década mejorar y organizar las condiciones de trabajo. Y eso nadie puede hacerlo mejor que los propios obreros. Por eso hemos decidido introducir gradualmente el poder obrero en el trabajo, en la fábrica. Es lo que denominamos «democracia industrial». Hemos elaborado un proyecto de ley que concede a los obreros capacidad de decisión en materias relacionadas con sus condiciones de trabajo. Antes de someter este proyecto a votación hemos organizado en el seno de los sindicatos (que agrupan al noventa y cinco por ciento de los trabajadores) una amplia consulta democrática. Actualmente, cincuenta mil personas, repartidas en pequeños grupos de estudio, discuten del medio ambiente, de la contaminación, del ruido, así como de la planificación de las nuevas fábricas.

—¿También de los ritmos de trabajo?

O. P.—No, eso es objeto de otra experiencia en curso: la de la ruptura de las «cadenas» de producción. En las fábricas Volvo se intenta suprimir en estos momentos la cadena de montaje. El mismo equipo lleva a cabo el montaje completo de un coche en lugar de tener que apretar siempre los mismos tornillos. Resulta aún prematuro extraer conclusiones definitivas, pero los primeros indicios son alentadores: parece que la productividad no disminuye cuando se pasa de la cadena de montaje al trabajo «desparcelado». Demostrar esto representaría, claro está, una auténtica revolución en la industria...

—Usted habla de la industria como si le perteneciese. Pero en Suecia el noventa y cinco por ciento de la industria está en manos de capitales privados. ¿Cómo funciona nuestro famoso «socialismo»?

EL DESAFÍO SUECO

El 8 de enero el encargado de negocios de Suecia en Washington —no hay embajador desde agosto— regresó a su país con una advertencia del Departamento de Estado: los Estados Unidos no desean que el puesto se cubra. Interrumpen, por lo tanto, sus relaciones diplomáticas normales con Suecia, que se llevarán a nivel de funcionarios menores. Es la respuesta de Nixon al «desafío sueco», a las repetidas condenas hechas por el Gobierno de Suecia —personalmente, por el primer ministro, Olof Palme— a los bombardeos sobre el Vietnam y, en general, a la intervención de los Estados Unidos en Indochina. La reacción de Nixon parece desproporcionada, cuando al mismo tiempo amplía sus relaciones —hasta realizar viajes personales— a la Unión Soviética y China, que no solamente condenan la política de los Estados Unidos en Vietnam, sino que envían material de guerra. Los misiles que derriban a los B-52 son soviéticos... En este caso, Nixon ha entablado un duelo personal con Palme, y pretende que, finalmente, pierda el poder y sea sustituido por otro político más «amistoso». El cese de los bombardeos, aun la posibilidad de un acuerdo general de paz, no restablecerán, probablemente, las relaciones normales de Estados Unidos con Suecia hasta que pase tiempo. O hasta que caiga Olof Palme.

Olof Palme condenó el bombardeo del día de Navidad sobre Hanoi como una de las mayores atrocidades cometidas en el siglo, comparándolo a las peores realizaciones de los nazis. En ese bombardeo había sido destruida la unidad de rayos X que Suecia había enviado a Vietnam como ayuda, y que estaba emplazada en el hospital de Bach Mai, en Hanoi, que fue bombardeado. Después, Palme intentó en el Congreso de la Internacional Socialista, reunido en París, que se votase una moción condenando los actos de guerra de los Estados Unidos. No lo consiguió —Golda Meir, presente en la reunión, hizo todo lo posible para impedirlo—, pero sí creó un ambiente...

Hay que añadir que no es el único Gobierno el que se manifiesta de esta manera, entre los países aliados de los Estados Unidos o relacionados amistosamente con ellos. Especialmente en Escandinavia. El primer ministro de Dinamarca, Jorgensen, inició sus críticas en el mismo momento en que se reanudaron los bombardeos, y anunció que pediría explicaciones dentro del seno de la OTAN. El ministro de Asuntos Exteriores de Finlandia, Karjalainen, expresó también su inquietud, y dijo que los bombardeos eran «especialmente difíciles de entender». El ministro de Asuntos Exteriores de Noruega, Vaarvik, advirtió que su Gobierno «consideraría qué actitud debía tomar» si continuaban los bombardeos. Pero ninguno ha sido tan claro, directo y acusador como Olof Palme.

Palme, presidente del partido socialdemócrata de su país, es socialista por vocación, y no por tradición: sus padres eran ricos y conservadores. Su reacción de tipo social se manifestó precisamente en los Estados Unidos, donde fue estudiante —«bachelor of arts» por el Kenyon College— y donde estuvo en contacto directo con negros y portorriqueños, con la otra cara del capitalismo. Al regresar a Suecia militó en la Unión Socialista de estudiantes, y se mostró anticomunista: consideró que la Internacional Estudiantil dependía directamente de Moscú y fundó una nueva. En este sentido, Olof Palme hace pocas distinciones entre los dos bloques, y si Suecia se ha convertido en el lugar de refugio de los desertores norteamericanos de la guerra de Vietnam, también lo es de los exiliados de Checoslovaquia. Miembro del partido socialdemócrata desde 1951, secretario de Erlander, ministro en 1963, primer ministro en 1969, parece que la veloz escalada política no ha modificado nada de su ímpetu juvenil y de sus convicciones.

El «desafío sueco» es antiguo. Olof Palme viajó por primera vez a Indochina en 1953, en la época de la lucha por la independencia contra Francia, y asumió ya la causa vietnamita. Cuando en 1965 era ministro de Comunicaciones, pronunció un discurso elogiando al vietcong; tiempo después, participó en una manifestación contra la guerra junto al embajador de Vietnam. Esto produjo ya la primera reacción de los Estados Unidos: el Presidente Johnson advirtió a Erlander que debía renunciar a su joven ministro, Erlander se negó y Johnson retiró el embajador de Estocolmo durante algún tiempo. Siendo primer ministro ya, Olof Palme ofreció la capital del reino para albergar al Tribunal Russell de crímenes de guerra, que había sido rechazado de París y de otras capitales. Ha patrocinado recaudaciones y ha enviado ayuda gubernamental a Vietnam en alimentos, medicinas, ropas.

La decisión de retirar los embajadores ha sido severamente criticada en Washington. Un editorial del «Washington Post» rechaza la frase emitida por un portavoz del Departamento de Estado, diciendo que Suecia es «un país no amistoso», con este párrafo: «Suecia es todo menos un país no amistoso. Es, en el esquema natural de las cosas, un amigo próximo, íntimo, que mantiene asociaciones y valores profundos con los Estados Unidos. Es también, desde luego, un país cuyo jefe de Gobierno, junto con una parte sustancial de sus ciudadanos, está en desacuerdo con una política americana particular». «Muchas personas en muchos países consideran que la presencia de los americanos (en Vietnam) es la evidencia de que los Estados Unidos han perdido su equilibrio, y han minado su vocación y su capacidad para desempeñar un papel directivo en el mundo».



ingreso de la Internacional Socialista. Palme intentó que se votara una moción condenando de guerra de los norteamericanos en Vietnam...

O. P.—De un modo muy simple: ya hace tiempo que renunciamos a socializar la propiedad. En su lugar socializamos las funciones, lo cual nos parece un atajo más eficaz. ¿Nacionalizar? ¿Por qué? Las nacionalizaciones, en nuestro contexto, sólo servirían para crear una burocracia inútil. Entonces, ¿tal vez la autogestión? ¿Para qué? De ese modo, nos veríamos abocados a una anarquía inextricable. El socialismo sueco actual se sitúa entre ambas soluciones o más bien las concilia entre sí. Porque en nuestro país el poder del capital es, en el fondo, muy limitado. Limitado desde arriba; debe inscribirse obligatoriamente en una planificación rigurosa. Limitado desde abajo: en la fábrica, los obreros tienen y tendrán cada vez mayor capacidad de decisión sobre sus condiciones de trabajo. Por otro lado, nuestros capitalistas se prestan al juego. Hace dos años, cuando comencé a hablar de democracia industrial, los patronos me contestaron invocando el problema de los beneficios. Hace un mes, cuando les dije que evidentemente no pretendíamos reducir en exceso su margen de beneficios —hay que dejar aceite y gasolina en el motor—, los patronos me contestaron: sí, pero es preciso ante todo mejorar las condiciones de trabajo. No lo hacen por mero altruismo, sino porque son realistas: han comprendido que si queremos seguir siendo un país industrial moderno, era preciso atraer a los jóvenes hacia las industrias de punta. Y eso sólo es posible si el trabajo industrial reviste cierto atractivo.

—El propio Estado tiene también un papel que desempeñar en todo este asunto: por ejemplo, a usted le reprochan ahora mucho el haber desarrollado excesivamente la enseñanza superior, o el no haberla orientado hacia la tecnología, pues por culpa de eso hay ahora millares de estudiantes condenados al paro...

O. P.—Es verdad; atravesamos actualmente una crisis que yo mismo había pronosticado para esta década cuando era ministro de Educación Nacional. Hemos dilatado y ampliado excesivamente la enseñanza. El noventa y cinco por ciento de los niños permanecen doce años escolarizados. No podemos conti-

nuar a este ritmo si no queremos que los años de estudios lleguen casi a enlazar con los de jubilación, limitando así al máximo el tiempo de dedicación profesional, de producción activa. Con nuestro nuevo proyecto pretendemos desescolarizar la enseñanza para mejor insertarla en la vida activa. Habría que dar a cada individuo una especie de capital-educación que él podría utilizar cuando y como quisiera. No me hago ilusiones sobre las dificultades que entraña semejante sistema. Habría que vencer las resistencias tanto del personal docente como de los estudiantes. Es preciso, sobre todo, mediante una legislación flexible, permitir a quienes reanudan sus estudios a los treinta o cuarenta años volver a sus antiguos puestos de trabajo o encontrar otros puestos más especializados. Hemos comenzado ya a remodelar nuestra educación nacional a través de lo que llamamos enseñanza para adultos. Hay ya tantos alumnos-adultos —cien mil— solamente en los cursos de «reciclaje» —no hablo de los cursos de cultura general— como universitarios. Y no hemos hecho más que empezar.

—Usted acaba de definir un cierto tipo de socialismo sueco, un cierto modelo de desarrollo económico y cultural. ¿Cree usted en la posibilidad de aplicación de este modelo en otros países? ¿En Francia, por ejemplo?

O. P.—No sé. Creo que las condiciones políticas y las estructuras sociales son muy distintas en Suecia y en Francia. Nosotros no tenemos un partido comunista o un patronato como los que hay en Francia... Tenemos, sin embargo, un modelo de desarrollo y una determinada tradición de educación popular que constituye nuestra fuerza. Tal vez se trate de una especialidad nórdica. O acaso sea una especialidad protestante. Un día los pastores de almas nos dijeron: ¿por qué consentir que otros os interpreten la Biblia? Leedla vosotros mismos, directamente, y sacad vuestras propias conclusiones. Y como con la Biblia, hicimos después con la filosofía y con Marx. Seguimos experimentando por nuestra cuenta. Y hasta ahora no nos ha ido tan mal... ■ **Declaraciones recogidas por JOSETTE ALIA.**

La Capilla Sixtina

CUIDADO CON LOS ESPIAS

La noticia de que España ha establecido relaciones diplomáticas con Alemania Oriental me tiene en perpetuo insomnio. ¡Dios mío! ¡Qué hemos hecho! Porque se empieza por Alemania Oriental y se acaba reconociendo a Albania, y si no al tiempo. Confieso que he pasado momentos muy malos, muy malos. Espionaje, subversión. Estas dos palabras me zumbaban en la caja craneana y hasta he tenido unas décimas de fiebre. He llamado a mi amigo Alfonso de los Arroyos para compartir con alguien mi zozobra. Pero ha sido inútil, porque Marco Antonio tenía una visión optimista de este inquietante «affaire».

—O sea, que tú no te alteras ante la posibilidad de que con las delegaciones de países comunistas...

—Del Este, Sixto, del Este. No digas palabras inquietantes. ¿Lo ves? Tú mismo te provocas el pánico. Si dijeras «países del Este» no te alarmarías tanto.

—Es verdad. Mira. Ahora mismo pienso: países del Este, y es otra cosa.

—¿Lo ves? —Buena. Pues se ha dicho por mentes muy preclaras del país, probablemente las más preclaras...

—¿Preclaras o posclaras?

—También va mejor así. ¿Sabes que tienes un día impresionante, Marco Antonio? Bueno, pues las mentes más posclaras del país han dicho que corremos un cierto riesgo de que se nos meta el espionaje y la subversión a través de las valijas diplomáticas.

—¿Qué van a espiar?

—Hay fórmulas españolas e intransferibles que pueden robarnos.

—¿Por ejemplo?

—No seas escéptico, Marco Antonio. Por ejemplo..., no sé..., no se me ocurre...

—No se te ocurre qué fórmula pueden robarnos y te pones a parir ante la sola noticia de que llegan embajadores del Este. ¿Sabes qué te digo, Sixto? Que se nota que no eres de Castilla. Te falta temple.

Y se marchó molesto. Me pasó la tarde haciendo listas

de productos españoles susceptibles de ser espiados. Llamé a Marco Antonio.

—Ya estoy aquí. ¿Qué quieres ahora?

—Mira la lista que me ha salido: fabada asturiana, gas natural a la española, palmones de Elche, el autogiro, el submarino, el azúcar del doctor Sastre y Marqués contra las lombrices, el gofio, el bocio, el lenguaje político, Raphael, la naranjada sin burbujas, el yogur D., el avanzar sin prisas pero sin pausas, la involución, Emilio Romero, el conde de Godó, el juego de la oca de Forges, las almedras garrapiñadas, las sardinas en aceite, don Eduardo Tarragona, las dos Españas, etcétera, etcétera. ¿Te imaginas tú cómo queda el país si se apropian de las fórmulas de todo eso?

—Pardiez, Sixto, no se me había ocurrido.

—Y eso sólo en el campo del espionaje. ¿Has pensado tú en el de la subversión?

—Yo había pensado que quizá convirtiendo el salario mínimo en el máximo estaríamos a salvo de la subversión.

—Tú eres un krausista utópico, querido Marco Antonio. Aun en el caso de que la alquimia consiguiera convertir el salario mínimo en máximo, la maldad oriental no cejaría hasta hacer brotar la subversión.

—Los países del Este son pacifistas, y sobre todo, los industrializados. No te diré yo, Sixto, que la URSS y Alemania Oriental hagan suyo el «slogan»: «Haz el amor, no la guerra». Pero sí hacen suyo el «slogan»: «Haz neveras, no la guerra». Te aseguro que por ahí no hay problema. Ahora, lo del espionaje, eso es otro cantar. ¡Hay tantas cosas tentadoras!

—El lenguaje mismo. ¿Te imaginas tú un trasplante de la algarabía semántico-política española al alemán del Este?

—Indescribible.

—Se llevarán el lenguaje, Marco Antonio. Se lo llevarán.

—Jamás. Defenderemos lo que defendemos de las indefensas indefensiones. Y al oír esto en boca de mi amigo, pensé que el lenguaje no hay quién se lo lleve.

SIXTO CAMARA